

NUESTROS PECADOS CAPITALES

Un examen crítico del país que somos

Juan Pablo Cárdenas Squella



Nuestros pecados capitales

Un examen crítico del país que somos

©Juan Pablo Cárdenas

Ediciones Radio Universidad de Chile

ediciones@uchile.cl

www.radio.uchile.cl

Edición General : Vivian Lavín Almazán

Diagramación : Gloria Barros Olave

Foto de portada : Italo Retamal

Registro de Propiedad Intelectual : 218,692

Inscripción ISBN : 978-956-351-248-9

Prohibida la reproducción total o parcial, sin autorización.

Impreso en LOM

Santiago de Chile, julio 2012

*“Es más fácil destruir un átomo
que un prejuicio”*

Albert Einstein

Índice

Preámbulo	9
Nuestra débil indentidad	13
La extrema desigualdad	19
El burdo patrioterismo	23
El culto a la ponderación	27
La letal intolerancia	31
La cultura “guachaca”	37
El santiagocentrismo	45
La inconsistencia ideológica	51
Insanas costumbres	57
La histórica impunidad	63
La persistente tacañería	67
Epílogo: El mito de Condorito	73

PREÁMBULO

Quienes se van y vuelven a Chile después de un tiempo, rápidamente se reencuentran con nuestras particularidades pero también se extrañan de cuánto hemos cambiado. No hay duda de que los trágicos avatares en nuestra convivencia política y el incuestionable crecimiento económico nos han sobrevenido sin consideración alguna con la idea que teníamos de ser un país pobre, pero mucho más igualitario que otros. Aunque el tiempo nos haya hecho descubrir que, en realidad, siempre tuvimos diferencias abismales entre nosotros, pero que no se notaban tanto cuando los ricos disimulaban su fortuna, ya sea por ese terrible “temor de Dios” o las brutales revoluciones y guerras civiles que marcan los principales hitos de nuestra historia.

En un país más secular ahora que antes, lo cierto es que el poder se enseñorea sin remilgos sobre nosotros y la soberbia se hace exultante a todo nivel. Los ricos quieren ser multimillonarios, los políticos sólo persiguen ser servidos, así como avanzan las prácticas de corrupción hacia todos los niveles sociales. Gobernar no es ahora educar, sino profitar. Y la educación ya no se propone igualar y dignificar, sino simplemente lucrar.

Sin embargo, los sondeos internacionales nos advierten que nuestra po-

blación es más triste que antes y mucho menos solidaria. Abierta nuestra economía a los mercados internacionales, sin embargo nuestra cultura languidece en el desinterés nacional por lo que ocurre en el mundo, lo que tiene patética expresión en los noticiarios y los programas estelares de la televisión farandulera o “guachaca”. Quedaron lejos esos años en que la juventud salía masivamente a las calles para exigir el cese de la guerra de Vietnam, o manifestarse jubilosamente por lo que acontecía en Cuba, apoyar la revuelta estudiantil francesa y hasta el proceso emancipador africano. Hoy, nuevamente los estudiantes chilenos se manifiestan, pero sus loables ideales, marchas y protestas de alguna forma tienen que ver más con el bolsillo y su futuro profesional que con esos objetivos de redención universal que comprometieron tanto a mi generación, como a la de mis padres y abuelos.

Varios autores constatan que nuestro vocabulario y forma de hablar se hunde en la procacidad y que las diferencias muchas veces se hacen imperceptibles entre quienes han podido completar estudios y los que han alcanzado los mínimos niveles. En eso que los periodistas tanto practicamos, como poner oídos a lo que se habla en los buses, los restaurantes y otros ámbitos de lo público y privado, comprobamos que el nivel de nuestras conversaciones ha decaído muchísimo, al tiempo que el índice de la lectura de libros es bochornosa y el desarrollo de internet ha facilitado el acceso a la pornografía, el consumismo y otros vicios por sobre otras magníficas oportunidades que nos ofrece el más revolucionario invento de los tiempos actuales.

Nuestra realidad habla de iniquidades e inequidades que prometen ser explosivas. De una maleducación cada día más acentuada, que puede percibirse cotidianamente en la tensión del tránsito de las grandes ciudades; en la insultante actitud, por ejemplo, de los automovilistas contra los peatones; los jóvenes hacia los adultos; los vendedores para con los consumidores. Incluso en los gendarmes que se ensañan contra la dignidad humana de los

reos. El irrespeto de las policías y los grandes medios de comunicación hacia los derechos ciudadanos.

Describo, a continuación, algunos de estos pecados capitales. Sé muy bien que no son todos nuestros defectos, ni tampoco que todos ellos son de todos los chilenos. De hecho, todavía es posible observar que nuestra vida todavía difiere bastante entre la Capital y las provincias; el campo y las grandes ciudades. En que necesariamente debemos excluir a ese valioso segmento de compatriotas de excepción que, a sus conocimientos y vocación, añaden modestia y buenos modales. Y que, desde luego, hacen “patria” todos los días desde tantos lugares diversos de nuestro territorio.

Estoy consciente que estos pecados capitales suelen ser también los de este autor y que en la reflexión sobre los mismos se ha descubierto más chileno de lo que creía ser. Escribo desde la autocrítica, en un ejercicio de observación que también me ha hecho descubrir muchas virtudes de nuestra “alma nacional”, pero que no cabe en este caso explicitar, a fin de no atenuar los perniciosos efectos de nuestro patriotismo y ensimismamiento. En la esperanza de que nos corriamos.

NUESTRA DÉBIL IDENTIDAD

Cada vez resulta más difícil definir en qué radica nuestra chilenidad. Aunque vivimos en un mismo territorio, hasta nuestra geografía conspira contra la posibilidad de que los 17 millones de habitantes de este país encontremos un común denominador en nuestros valores, costumbres y ambiciones. Nuestras áridas regiones nortinas se incorporaron tarde a la historia nacional y aportaron formas de comunicarse y de vivir muy distintas a los chilenos del sur, entre los que tenemos pueblos originarios que hasta ahora habitan en “reducciones indígenas” y que muy a contrapelo se reconocen parte de nuestra nacionalidad. Tenemos prácticamente todos los climas en esta “larga y angosta franja de tierra”. Zonas del país en que nunca llueve, mientras que en otras se alcanzan los mayores grados de humedad del planeta. Chilenos que viven del mar, mientras otros se ganan la vida socavando las más altas cumbres de la Cordillera de los Andes. Una cadena majestuosa que, por lo demás, acompaña gran parte de nuestra trayectoria geográfica, hasta que se hunde en las zonas más australes del planeta, donde los chilenos que viven o visitan la zona ya no aprecian bien por cuál punto cardinal aparece y se esconde el sol. Diversas formas de vida y subsistencia, aunque

una buena parte de nosotros vive marcado por las cuatro estaciones del año. Por el contraste entre el frío y el calor; la luz y las sombras.

Cuando revisamos películas y documentales, descubrimos en el pasado formas de identidad que los nuevos tiempos desdibujan. Con las diferencias que siempre tuvimos, pareciera que hasta la mitad del siglo XX la política, la economía y la educación daban cuenta de un país rural, patronal e inquilino. También de riquezas mineras que originaron las más grandes fortunas y formas de explotación. De puertos y ferrocarriles pioneros que dieron sentido a ese verso que decía que “viajar en el pueblo chileno es su bella manera de hablar”, como nos precisaba el poeta Julio Barrenechea. En un país siempre marcado por las diferencias, pero menos oprobiosas que las actuales. Una religiosidad casi universal que ponía freno al estipendio de los ricos o los inducía a esconder sus placeres mundanos; mientras que a los pobres se los conformaba con la ideología del “orden natural de las cosas”, invitándolos a aguardar por esa vida eterna y placentera que vendría después de este “valle de lágrimas”. Las teleseries actuales son acaso la rémora más patente de esa vida anterior: la última expresión de un país en que ricos y pobres muestran sus enormes diferencias pero que todavía conviven, se hacen indispensables unos con otros y comparten algunos pocos rasgos comunes en nuestros hábitos culinarios, la vestimenta o en el rústico lenguaje de amos, capataces y servidores.

Es cuestión de recorrer América Latina y darse cuenta que la mayoría de los países manifiesta una identidad más marcada que la nuestra. Dentro de los Estados Unidos, son los mexicanos al parecer los que colonizan culturalmente al país más rico e invasor del mundo y de la historia. Se sabe que aumentan los norteamericanos que hablan el castellano, tararean rancheras, comen tacos, guacamoles y brindan con tequila.

Una reciente encuesta determina que el mayor número de los nacidos allí son hijos, ahora, de los negros, latinos y nuevos inmigrantes.

Los chilenos tenemos que reconocer que buena parte de la música que entonamos es del otro extremo de la llamada América Morena. Como también de lejos nos ha llegado la cumbia, la salsa y otras manifestaciones del ritmo que más mueve el cuerpo y el ánimo de los chilenos. Ni qué decir de ese país llamado Paraguay que tuvo la fortaleza de hacer prevalecer la bella lengua guaraní a la colonización española. O los propios argentinos que se reconocen en todo el mundo, aunque sea por su común devoción por el tango, la parrillada y el fútbol. Audaces, además, al alterar las reglas prosódicas y ortográficas de nuestro idioma.

Es efectivo que el trazado de los mapas obedece más a realidades políticas que culturales. Para prueba, basta comprobar las irreductibles nacionalidades que se expresan en España, Suiza y otras naciones europeas. En México, en todo el Caribe y Sudamérica conviven decenas de pueblos distintos, con lenguas disímiles y desencuentros soterrados; sin embargo, quizá la sabiduría de esos estados haya sido reconocer mejor que nosotros la diversidad, así como tolerarla y respetarla. Ensalzarla, incluso, como parte del ser nacional e, incluso, exhibirla al mundo.

En Chile, en cambio, vivimos negando a nuestras entidades fundacionales. Una gran cantidad de expresiones de nuestro lenguaje viene del mapudungún, pero en vez de asumir este verdadero aporte a nuestra lengua, todavía se usa la peyorativa expresión de que “se nos sale el indio” al momento de exaltarnos o cometer un despropósito. Ese “indio” que la enorme cantidad de nuestra población lleva en su sangre o, como se dice ahora, en su ADN. Con mucha razón, nuestro gran poeta Elicura Chihuailaf advierte que la sociedad chilena, además de la *mapuchidad*, desdeña la *morenidad*. En efecto, son cada vez más los extranjeros que

se convencen de nuestra particular condición caucásica gracias a la señal internacional de nuestra televisión “pública”, que se prodiga en rostros albos, cabellos rubios y ojos claros.

La chilenidad en nuestro país le dedica una semana o menos a las tonadas y las cuecas, la chicha y otras especies siempre atribuidas a nuestro ser nacional. Pero, lo cierto es que, aunque a todos nos envuelven las celebraciones de nuestra efeméride independentista, los chilenos ya no distinguimos a ciencia cierta entre el pebre y el chanco en piedra, el ajiaco y el valdiviano, como queda claramente manifestado en aquellas típicas indagaciones periodísticas que se publican en cada aniversario patrio.

El propio Neruda le cantó a nuestra historia y a nuestra mesa, a pesar de que uno de sus más notables poemas fue inspirado por las Alturas del Machu Picchu de nuestro vecino del norte. El más universal de nuestros poetas, le dedicó muchas páginas a lo chileno, como que sus más logradas odas están dedicadas a las materias primas o insumos de nuestros hábitos culinarios elementales. Pero nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Porque, si bien nunca marcamos tan rigurosamente los perfiles de nuestra identidad, hoy la situación parece más precaria todavía. Nuestro último censo es indicativo en comprobar cambios y tendencias muy importantes en nuestra demografía y forma de pensar y vivir. Tal como que la población chilena inexorablemente envejece, los creyentes siguen siendo la mayoría, pero que ahora otras denominaciones religiosas y el ateísmo le disputan a la Iglesia Católica el monopolio de la fe.

Asimismo, se dispara el porcentaje de las mujeres jefas de hogar con o sin cónyuges. Tenemos una nueva Ley de Matrimonio Civil que ya no ata a las parejas indisolublemente, reforma que puso fin a uno de los más prolongados resabios de nuestra identidad jurídica. Con todo,

crece muchísimo el número de uniones de hecho y se ha extinguido esa absurda segregación legal que afectaba a los hijos “naturales” e “ilegítimos”, lo cual nos hizo reconocer en nuestra historia a numerosos personajes conocidos y tildados como “guachos”. Un término clásico de nuestra particularidad idiomática que ahora caerá en desuso o en el olvido. Desde el Padre de la Patria, pasando por jefes de estado, intelectuales, científicos y artistas famosos que se vieron forzados a llevar el apellido de sus madres, de sus padres putativos o adoptar tardíamente su verdadera identidad consanguínea.

Hay quienes dicen que “los pueblos son lo que comen”. Yo no creo en tal extrema sentencia, pero en todo caso me parece propicio advertir que entre los productos que ingieren los chilenos el pan representa casi el 88 por ciento y que la comida chatarra supera el 55, con lo cual la obesidad afecta y acongoja a más del 59 por ciento de la población. Pero para los que piensan que, pese a todas las interrupciones de nuestro sistema republicano, seguimos siendo una de las naciones con más alto espíritu cívico, les cuento que en más de un 80 por ciento los jóvenes no se inscribieron voluntariamente en los registros electorales cuando cumplieron la mayoría de edad. Como que apenas la décima parte de nuestras nuevas generaciones se identifica con algún partido o dirigente político y por sobre el 70 por ciento admite creer pero no practicar religión alguna. Con lo cual, podríamos señalar que una fuerte mayoría de los adolescentes sólo “vive de pan”, prácticamente para comer y ver televisión. Aparato que, por lo demás, está presente en más del 89 por ciento de los hogares chilenos. Más que el refrigerador y otros electrodomésticos.

LA EXTREMA DESIGUALDAD

Las terribles cifras de nuestra estratificación social señalan que en Chile se han instalado la inequidad y la segregación. Los políticos de derecha a izquierda reconocen que nuestro progreso económico convive con la desigualdad escandalosa entre unos pocos que tienen mucho más de lo que necesitan y aquellos, los más, que carecen hasta de lo elemental. De esta forma es que nuestra identidad nacional está ahora todavía más marcada que antes por el contraste entre la calidad de vida de unos y otros. Es decir, condicionada por su barrio, la educación a la que accedió y por las posibilidades de consumo, mucho más que por su común condición de chilenos, lengua o territorio.

Ni los símbolos patrios son tan comunes. De hecho, nuestro pabellón es más un estandarte del poder y las entidades armadas y represivas que del conjunto de la población chilena. Distinto a lo que ocurre en países como los escandinavos en que las casas se embanderan a propósito de cualquier fiesta familiar. Asimismo, del escudo nacional somos muchísimos los chilenos que nos avergonzamos por esa burda equiparación entre la razón y la fuerza grabada en tal insignia. Hasta la propia

Canción Nacional mantiene estrofas que se entonan según las vicisitudes políticas y las ideologías que nos separan.

Incluso nuestro tradicional orgullo por la variedad y belleza de nuestros paisajes, de la Cordillera y del menos pacífico de los océanos, se ve hoy amenazado por una estrategia de ¿desarrollo? voraz, indolente y genuflexa con el capital foráneo, que nos lleva a gran velocidad a la destrucción de nuestros ecosistemas y equilibrios naturales. Un modelo avalado por el conjunto de la clase política gobernante que tolera la instalación de las industrias más contaminantes del mundo en los mismos santuarios de la naturaleza como estrategia de “desarrollo”; que renuncia a los dividendos del cobre en beneficio de las empresas transnacionales y que permite la ignominiosa destrucción de la flora y fauna marítima de manos de “emprendedores” que no reconocen fronteras y límites. Demarcaciones que, paradójicamente, son tan celosamente resguardadas por aquellos tratados impuestos después de nuestro triunfo militar de la Guerra del Pacífico, los cuales derechamente convendría revisar en beneficio de la buena y fructífera hermandad con nuestros vecinos del norte. Estos y otros despropósitos en un país cuyos proyectos educacionales muestran mucho más interés en que los niños lleguen a hablar fluidamente el inglés que expresarse correctamente en el castellano.

Conspirando siempre contra el valor de la igualdad. Que se afecta todavía mucho más ante los magníficos avances de la ciencia y la tecnología, cuando sólo un puñado de chilenos salta y navega en el ciberespacio en ventaja sideral sobre una inmensa cantidad de compatriotas que en todo lo que les queda de vida ya no accederán al internet, ni siquiera a recorrer por tierra su propio país. Una realidad en que los poderosos y los gobernantes hablan en dólares, mientras que tantos otros todavía juntan los pesos para subsistir. Que marca brutal contraste entre lo po-

líticamente correcto y esa irreverencia que en el pasado fue tan característica de nuestros grandes pensadores y conductores.

Un país de ciudadanos cansados, amante de los líderes irascibles y autoritarios. Un Chile que carece de grandes utopías, que vive preso del delirio por mantener el superávit de su economía, acrecentar sus reservas en divisas y gastar ingentes recursos en nuevas y sofisticadas armas de guerra y represión. Tal como aumentar el número de cárceles, vigilarnos con más policías y hacer frente a los fantasmas internos y externos bien “trabajados” por lo noticiarios de televisión y su secuencia cotidiana de crímenes, accidentes y tragedias que alimentan el morbo nacional y el *reitin*. Un Chile cada vez más ensimismado y arrogante que se rinde, especialmente, a las vulgaridades de la globalización. Que renuncia a aquello que sí nos identificó como nación: la capacidad de discurrir, vivir modestamente y proponernos cambios y metas ambiciosas. En el mundo, un país distante, pero gravitante. Una nación que siempre fue multifacética, de contrastes pronunciados, pero que sabía convivir y en la que unos y otros nos reconocíamos como chilenos y necesarios.

Al respecto, cómo no recordar la discusión que se produjo a propósito del *royalty* minero y la posibilidad de elevarle el mínimo y vergonzoso peaje que pagan las empresas por vaciar nuestras reservas cupríferas. Fue durante ese mezquino debate que escuché a algunos empresarios advertir que con más impuestos sólo se sentirían animados a emigrar, a radicarse e invertir en el extranjero... Y pensé en aquellos emprendedores que he conocido en otros países y que están dispuestos a someterse a los rigores de vivir e invertir donde la guerra y la corrupción son el pan de cada día. Arriesgar sus capitales y su integridad personal con tal de seguir en su patria, engrandecerla y generar fuentes de trabajo. Recuerdo, asimismo, esa propuesta en favor de la flexibilidad laboral que

intentaba acabar con el salario mínimo legal y regatearle a los pobres, a los chilenos más humildes, hasta su condición de “mano de obra”. En la seguridad de que en esta misma tierra, o en los países más complicados que el nuestro, existen quienes estarían dispuestos a trabajar por un sueldo todavía más miserable e incierto.

Todo ello bajo una ideología nacional en la que el dinero tiene la primera y la última palabra, a la que se rinden los políticos, los medios de comunicación y hasta los dignatarios eclesiásticos. En un país en que incluso la palabra compatriota, que viene de “compartir”, se ha reemplazado por la de “connacional”, para así restringir al máximo la posibilidad de reconocernos como hermanos, con alguna identidad mayor o un destino asociado. Y en la que forjamos ahora una chilenidad esquizofrénica, con diferencias mucho más agraviantes que las que nos impusieron oligarquías y los horribles fratricidios de nuestra historia. Además de nuestros dispares climas y condiciones de vida.

EL BURDO PATRIOTERISMO

En nuestro lenguaje usamos refranes que son muy certeros para representar algunas ideas. Por ejemplo, me gusta ese que asegura que “una golondrina no hace verano”, o también aquel que señala que “por la boca muere el pez”. Sin embargo, hay expresiones que parecen abominables como aquella sentencia de que “hay que arar con los bueyes que se tiene”, tan propia de quienes quieren justificar logros a medias o imputarle sus fracasos a los demás.

Pero la que más detesto es esa aseveración de que “Chile es una mierda, pero es mi país”, una expresión que en el fondo resulta muy arrogante y busca dejar como veniales nuestro graves pecados nacionales. Una bocanada patriotera que consigue que nos conformemos con la mediocridad. Expresión chovinista que se expresa siempre tan exultante, pero especialmente prosaica con ocasión de nuestras Fiestas Patrias, cuando la embriaguez colectiva se justifica y se alienta oficialmente en mérito de la “chilenidad”.

“No hay primera sin segunda” se nos dice para forzarnos a bailar un segundo pie de cueca antes de irnos derechamente a la cumbia y

otras manifestaciones que son “trigo de costal ajeno”, porque a esta altura de nuestra exitosa globalización ya son excepcionales las fondas o ramadas en que se baila nuestra danza ¿nacional? “Otro que bien baila” se dice para identificar a aquellos abundantes personajes que se mueven en contra de los cánones normales, que hacen caso omiso de las reglas sociales y las buenas costumbres. Una simpática forma de referirnos a los “pillos”, a los “vivos” que pueblan nuestra demografía y que son frecuentemente admirados por nuestro inconsciente colectivo, avalado por tanto chistólogo que se cree humorista . Tal como se celebra a los donjuanes, los mujeriegos y, de alguna forma, a los viejos que se ufanan de sus jóvenes conquistas amorosas. Aunque en los últimos años, el descubrimiento de tantos pedófilos los tiene más recatados.

Por tomarse el “trago del estribo” es que muchas festividades han condenado a horribles accidentes a los que han bebido más de la cuenta y, aunque quieren detener la ingesta alcohólica son inducidos a quedarse dormidos en el volante o arriba del caballo, como todavía suele ocurrir en el campo. Esto contribuye, sin duda, a que seamos uno de los países que más víctimas suma en los feriados largos, aunque para algunos esto es el costo del progreso de un país que ya “compite en las grandes ligas” en cuanto a la cantidad de automóviles per cápita. Y en cuyos índices más demostrativos e inexorables hay que considerar, también, el creciente consumo de las drogas y el “reventón” nocturno.

“La caridad empieza por casa” es otra horrible sentencia para inhibir la ayuda al prójimo. A los que necesitan del auxilio de los poderosos. Muy utilizada por los que medran de los magnates, a pesar de que en Chile éstos son particularmente cicateros. Toda una corte de familiares y parásitos que les cuidan celosamente su dinero, a la espera de que al morir puedan lanzarse a ese “agarra Aguirre” tan típico como impúdico.

Propio, además, del clientelismo político que, con desparpajo, siempre consulta “¿y como voy ahí?” en las operaciones fraudulentas que le digitan sus caudillos. Oscuros adláteres de la política que después de cada elección demandan ser ubicados donde “haiga” una buena alcancía fiscal o una dispendiosa “caja chica”.

“En boca cerrada no entran moscas” se nos advierte para que no se nos ocurra “abrir el tarro” (la boca) para denunciar a los que delinquen, roban o practican toda suerte de fechorías. Porque en nuestro país nos estamos acostumbrando a aceptar eso de que “la justicia tarda, pero llega”, en circunstancia de lo que realmente ocurre: que “los peces gordos”, o sea “los delincuentes de cuello y corbata”, casi siempre resultan impunes. No en vano un Presidente de la República se conformó con “hacer justicia en la medida de lo posible”, porque “nadie está obligado a lo imposible”, dijo.

Con todo, prefiero ese Chile siempre imaginario, pero más ingenuo, de los que todavía creen que aquí tenemos “una tradición democrática ejemplar”, producimos los mejores vinos del mundo, nuestra canción nacional es la más bella después de La Marsellesa, cuanto que nuestro pabellón patrio resultó ganador en un hipotético concurso mundial que se hizo para escoger las mejores banderas de la comunidad de naciones. Porque si bien nuestra loca y delgada geografía es bastante “ridícula”, según la definió un general ruso, lo cierto es que nuestros paisajes son asombrosos, como nuestra majestuosa Cordillera de los Andes o el ancho mar que nos baña de norte a sur, el colosal Desierto de Atacama, los furibundos volcanes y torrentosas cascadas. Ese país que se enorgullecía de nuestra rústica pero pretenciosa comida típica, llegando en todo caso al descaro de llamarle “ensalada chilena” a los tomates picados con cebolla que se comen en todas partes sin otorgarle a este combinado

elemental ser patrimonio cultural. Mitos urbanos y rurales cuyos trazos todavía perduran a pesar de los cursis (que aquí se llaman siúuticos), y que ahora dominan Chile como si este país fuera una estancia propia. Arrogantes patronos cuando se trata de avasallar a sus subalternos, pero dóciles cancerberos de los nuevos conquistadores instalados sobre todas nuestras reservas mineras y recursos naturales.

En ésta que pretendía ser una tierra indómita, “jamás sometida a dominio extranjero”.

EL CULTO A LA PONDERACIÓN

Entre los males actuales quizás uno de los peores es esa valoración que se hace de los sujetos ponderados, de los eclécticos y los moderados, a pesar de que nuestra historia distingue a aquellos personajes marcados por la audacia, el espíritu intrépido e, incluso, la irreverencia. En el balance, los moderados jamás consiguen nada, o más bien para lo que sirven es para retardar los cambios o dejar las cosas tal como están.

Me imagino que nuestro proceso independentista habría demorado mucho en consumarse sin los Bolívar, San Martín y O'Higgins. Los Sucre, los Artiga y esa cantidad de militares que viajaron desde Europa para combatir en nuestras guerras de liberación. Si no hubiesen existido curas como Morelos y Camilo Henríquez, verdaderos precursores de los teólogos de la liberación y más revolucionarios, todavía, que los teóricos del siglo XIX. Lúcidos y radicales políticos como Benito Juárez y Martí. O nuestros Bilbao, Lastarria, el mismo Andrés Bello o Domingo Faustino Sarmiento, cuya estatua en nuestra Alameda capitalina terminaba siempre en el lecho del río Mapocho

en cada protesta estudiantil, en la ignorancia colectiva de la valía de este ilustre argentino y prócer latinoamericano. Sin contar (porque la historia es olvidadiza) a esos miles de combatientes anónimos, los llamados “carne de cañón”, que se inmolaron en el combate feroz en cada uno de nuestros países y pueblos para liberarnos del imperia- lismo español, de las nefastas oligarquías, la hegemonía yanqui y las dictaduras militares.

“Me gusta Fulano porque es tan ponderado”, se repite una y otra vez, para destacar a los contemporizadores, los tibios y los cómplices del orden establecido, para marcar distancia de los rebeldes y reaccionarios que compiten habitualmente en radicalidad. Al mismo tiempo que nos acostumbramos a ese lenguaje cargado de eufemismos de tantos columnistas en boga, como presente en las homilías episcopales expertas en no llamar a las cosas por su nombre, andar siempre con rodeos y terminar enredándose en los términos. En este sentido, cuando más brillante han sido los pastores religiosos es cuando asumen franca y decididamente su opción por los pobres y humillados. Como lo hizo, por ejemplo, Alberto Hurtado, el obispo luterano Helmut Frenz y el Cardenal Silva Henríquez con su verbo claro y realizaciones tan contundentes como la Vicaría de la Solidaridad para abogar derechamente por las víctimas de la represión y, por qué no reconocerlo, darles asilo en las circunstancias más difíciles. ¡Qué distinta a la actitud de otros prelados que siempre se ofrecen para mediar, para arbitrar las controversias entre el gobierno y los que se levantan a favor de sus derechos conculcados! Mediadores moderados, siempre funcionales a la autoridad, para atenuar la protesta y armar mesas de diálogo que terminan desactivando las esperanzas del pueblo.

¡Como si la vida no necesitara de una buena dosis de locura y arrojo para mutar en transformaciones! Como si la justicia no necesitara de los Allende, los Juan Bosch y tantos otros líderes caracterizados por la consecuencia y, con ella, su necesaria tozudez. Nuestra interminable Transición nos ha ofrecido a un ramillete de cobardes ponderados, corruptos ponderados y miserables de todas layas ponderados, que en más de 20 años han sido los principales responsables de la impunidad en todos los niveles, como que la Constitución de Pinochet y sus dictámenes sigan vigentes por más de tres décadas. Sujetos que fueron torturados o exiliados, incluso, y que en su ponderación terminaron cogobernando con sus agresores, pensando y hablando como ellos. Hasta desfilando como ellos, como algunos ministros de Defensa verdaderamente encantados con la marcialidad militar y el taconeo de sus botas. En una metamorfosis similar a lo que les ocurre a ciertos perros que terminan pareciéndose a sus amos.

Incluso tenemos jueces ponderados que dictan sentencias para agradar a todas las partes, aunque de ello resulten homicidas exculpados o inocentes condenados. Economistas y políticos por doquier ponderados que hacen figuras para defender el modelo neoliberal con algunos retoques de socialismo y que, en su abominable ponderación, continúan militando en los partidos de la otrora Unidad Popular, comulgando con las ideas del mercado y proponiéndose jibarizar al estado. Y que en su fuero íntimo, aunque sin reconocerlo, se creyeron eso del fin de la historia...

Hasta dirigentes estudiantiles que luego de sus irreverencias pasan a integrar el gran Partido de la Ponderación Nacional, a fin de agenciarse un pituto fiscal, obtener becas al extranjero y volver a Chile para integrarse a cualquiera de los partidos ponderados que el sistema binominal tolera y hasta llega a encantar a aquellos izquierdistas devenidos tam-

bién en terriblemente ponderados, después de haber promovido todas “todas las formas de lucha”.

Pero donde los ponderados lucen más patéticos es en el periodismo. En aquellos “rostros” de la televisión, por ejemplo, que hasta en las catástrofes naturales y el drama humano se asumen como ponderados, sin darse cuenta que la ponderación es intrínsecamente perversa y contraria al deber ser de nuestra ética profesional. Puesto que supone ignorancia, además de hipocresía. Acartonados analistas hundidos en el fango de la “objetividad periodística” para ser inexorablemente vomitados de la pantalla chica cuando devienen en viejos y feos. Porque la ponderación ensucia el alma y descompone el cuerpo.

LA LETAL INTOLERANCIA

El Parlamento estuvo discutiendo largamente a fin de arribar a una ley que condene las diversas formas de discriminación que se manifiestan en nuestro país. El nuevo texto legal se dirige a castigar la intolerancia de que son víctimas los pobres, los indígenas, los homosexuales, los inmigrantes y otros que a diario son agredidos verbal y físicamente por fanáticos e irracionales en nuestras calles, poblaciones y hogares. Mujeres brutalmente golpeadas por sus parejas, niños humillados por sus profesores y compañeros, mapuches asaltados policialmente en sus viviendas, como también el caso de un adolescente asesinado por una banda neonazi irritada por su condición sexual.

Todos coincidimos en la necesidad de una legislación que castigue la discriminación, pero muy pocos creen que la ley pueda ser tan efectiva, dado que las formas de intolerancia son múltiples, cuanto que somos casi todos los que manifestamos alguna forma de agravio a la condición de los demás, como a su pensamiento. Está en las entrañas de nuestro sistema educacional condicionarnos en tal dirección. Desde el momento que tenemos establecimientos educacionales para pobres

y para ricos con enormes desigualdades en cuanto a los conocimientos que se imparten y son adquiridos según el colegio o liceo que nos toque. En América Latina y en el mundo, hay pocas ciudades más segregadas que Santiago en cuanto a las diferencias de nuestros barrios y viviendas, de tal forma que quienes viven en las áreas pudientes perfectamente pueden evitarse el mal rato de cruzar y circular por los sectores que habitan la clase media y los indigentes. Incluso camino al aeropuerto o los balnearios.

Los chilenos nos identificamos y separamos tajantemente por el color de la piel, el apellido, la forma de hablar y vestir. Incluso los que amasan fortunas económicas deben aguardar el paso de dos o tres generaciones para ser “reconocidos” socialmente y acceder a clubes y recintos marcados por la exclusividad. Existe una segregación tan extrema que hay lugares en que la servidumbre debe circular por accesos distintos para llegar a las casas de sus patronos, al mismo tiempo que a las empleadas domésticas, jardineros y otros no pueden salir a los espacios comunes sin sus uniformes o delantales. Menos, todavía, compartir la mesa, las piscinas o los baños de los ancianos y niños que tienen a su cuidado.

La intolerancia ideológica se padece constantemente en el ejercicio del periodismo y la comunicación social, sobre todo ahora en que cualquier fanático puede irrumpir en las redes sociales para denostar a quienes oficiamos como columnistas o cronistas apenas decimos o escribimos algo que no sea del agrado de nuestros lectores u auditores. Las lisonjas de que somos objeto pueden rápidamente derivar en las denostaciones más atrevidas, sin importar, siquiera, la trayectoria de quienes opinan en un país en que tantos hablan en sordina, o a regañadientes para esconder su forma de pensar. Si en nuestro oficio hemos

debido soportar las censuras oficiales, la venalidad de los jueces y las agresiones directas a nuestros familiares a causa de asumir públicamente lo que pensamos, Dios nos libre incomodar a quienes han sido nuestros lectores habituales y “amigos” porque allí las descalificaciones pueden ser todavía más drásticas y lacerantes que las aplicadas por nuestros enemigos tradicionales.

Mal que mal, quienes somos de izquierda, ya nos hemos acostumbrado a que nos motejen de terroristas, resentidos y de un cuanto hay en materia de epítetos propios de la intolerancia reaccionaria. Pero otra cosa es convertirse en traidor, anticomunista y vendido al imperialismo cuando osamos criticar (hasta con la más extrema prudencia) los despropósitos que también se cometen en el mundo del progresismo. Qué duda cabe que la descalificación duele mucho más cuando viene de un supuesto izquierdista que no está dispuesto a ejercer un mínimo de autocrítica y reconocimiento a los adversarios. Simplemente porque estos denostadores siguen aferrados a la idea de que lo que manda el partido o deciden sus dirigentes es SIEMPRE lo único razonable y digno de ser acatado y defendido. Como si las colectividades y movimientos vanguardistas no hubieran cometido enormes errores y horrores en contra de sus propias ideologías llamadas a ser libertarias y no liberticidas; democráticas y no autoritarias; solidarias en vez de fraticidas.

Si hay algo que me incomoda verdaderamente es que me celebren un artículo o un comentario radial porque dije o escribí “exactamente lo que pienso”, como tantas veces nos ocurre. Sinceramente, me gusta más cuando me expresan algún disenso o me advierten nuevas y valiosas argumentaciones a lo que planteo. Así como valoramos cuando se nos acercan personas que dicen estar completamente en desacuerdo con lo que siempre defendemos, pero que reconocen nuestra testarudez, arrojo

y pertinacia. Como nos ocurrió una vez en un restorán santiaguino en que uno de los más temibles agentes de la Dina pinochetista se acercó a a hacerme ese reconocimiento, justamente cuando celebramos con mis amigos haber salido de la cárcel.

Cuando los periodistas leemos o escuchamos a los demás, por lo general adoptamos otra actitud a tal grado que muchos se mofan de nuestra paciencia por leer El Mercurio todos los días y muchas veces celebrar la buena pluma de columnistas que piensan tan diametralmente distinto. Como lo practico con la lectura de aterradores reaccionarios como Hermógenes Pérez de Arce que el propio diario de los Edwards no pudo seguir soportando en la nómina de sus columnistas. Seguramente por el descaro de seguir negando los crímenes de la Dictadura y justificar todo lo que ésta hizo para “liberarnos del comunismo internacional”. Ciertamente que leer a Pérez de Arce es un bálsamo a las convicciones que profesamos, así como un buen ejercicio de inspiración para después defender exactamente lo contrario. Lo que me pasa, también, con el sacerdote Hasbún y otros mediáticos personajes que –hay que recocerlo- hablan y escriben muy fluidamente, probablemente porque el mismo Diablo los dota de atributos retóricos y carisma para confundir a la población.

Lo que más nos desanima en nuestro empeño cotidiano es comprobar cuán poco vamos aprendiendo las lecciones de la historia, incluso de las más dramáticas de nuestra interrumpida vida republicana. Es así como nos parece incomprensible que después de los más horribles episodios de intolerancia y odio como los de los genocidio nazi y estalinista haya jóvenes con swástica dedicados a golpear a los homosexuales. Así como alienados militantes de partidos que hacen de la intolerancia y la acerba crítica a los periodistas, intelectuales y políticos de izquierda su

preocupación más dilecta. Olvidándose, por completo, de los enemigos reales que siempre los discriminarán aunque les ofrezcan tribuna en sus publicaciones o los encanten con cargos en las instituciones del Estado.

En nuestro querido país se vive bajo las más diversas inquisiciones. Desde la intolerancia religiosa y política hasta la segregación social. De espaldas a aquella magistral sentencia de Benito Juárez en cuanto a que “la paz es el respeto al derecho ajeno”. Es decir, a la dignidad humana de un prójimo que necesita comer y educarse adecuadamente. Para pensar, después, lo que quiera y ser valorado, y no oprimido, por disentir de quien quiera.

LA CULTURA “GUACHACA”

Lo que transmiten los canales de televisión es, indiscutiblemente, lo que concita mayor atención entre los chilenos, pero también la causa principal de la desinformación y del empobrecimiento cultural del país. La desmedida cobertura que le dan sus noticiarios al fútbol, a los accidentes de toda índole, como la morbosa difusión de los hechos delictuales es consonante con los principales temas de conversación que la gran mayoría sostiene en su vida social y familiar. Es cosa de ponerle oídos a los que discute en la calle y en todos los recintos públicos, como comprobar que los diarios, revistas y emisoras de más alta circulación o audiencia son, justamente, aquellas que privilegian los mismos temas de la TV.

El mundo de la farándula comprende lo que acontece en la superficial y desvergonzada vida de los personajes más mediáticos del espectáculo e, incluso, de la propia política, en la medida que ésta se ha sacudido de las ideologías, los genuinos conductores y del espíritu de servicio público. La silicona que tanto abunda en las figuras estelares de los *reality shows* compite en eficiencia con los *lifting* que lucen los añosos “representantes del pueblo” para mantenerse “vigentes” y aferrarse

a sus cargos. Evidentemente, todo se vale en la cultura de la facha, de las apariencias y de la frivolidad impuesta por el *reiting* y el *marketing* electoral. Tiempo atrás, me llamó la atención un estudio que determinó el desdén con que la televisión trató el otorgamiento del premio Cervantes a nuestro poeta Nicanor Parra, aunque este acontecimiento no estuvo del todo exento de sabrosos ingredientes faranduleros. Aportados, por lo demás, por la propia realeza española que se quedó “con los crespos hechos” esperando al nonagenario escritor. Sin duda, uno de los más extravagantes e irreverentes personajes vivos de nuestra literatura. Y que prefirió permanecer en su casa de La Cruces antes que concurrir a aquella solemne ceremonia de Alcalá de Henares.

Actualmente, enrolarse como socio de un club futbolístico es muchísimo más corriente que pertenecer a una colectividad política y, por supuesto, entraña hoy más riesgo andar por las calles con una camiseta de la “U” o del Colo Colo que con una que tenga estampado el rostro del Che Guevara. Cuando escribo estas líneas, el país vive una fiebre de Camila Vallejo, la dirigente estudiantil que se destacó como el principal rostro de las movilizaciones callejeras de 2011. Poleras, afiches, chapitas y de un cuantohay se comercia en las cunetas con el rostro de la agraciada estudiante, siendo muy pocos los que se inquietan por su militancia comunista y los valores que encarna. La sociedad de la farándula se traga y convierte en íconos a los revolucionarios, a los goleadores y los protagonistas de las teleseries, y sus historietas concitan e importan mucho más que aquellas “Vidas Ejemplares” que nos hacían leer, por ejemplo, en nuestra juventud. La sociedad de consumo ha convertido en oportunidad de negocio echar al saco de la farándula hasta los personajes más rebeldes y contestatarios. Tanto así que hasta los rostros de Bin Laden y Sadam Houssein se trazan en el mercado de las baratillas callejeras.

Ya no sólo importan los campeonatos locales. La inmensa mayoría de los fanáticos criollos también se reconocen hinchas del Barza, el Real Madrid y los equipos de las grandes ligas europeas. Y los restaurantes se repletan de norte a sur para ver sus partidos y seguir atentos al *pichichi* español y a la cantidad de pasos o cigarrillos que consumen al borde de la cancha sus nerviosos entrenadores. Hace rato que los canales no se interesan por transmitir el atletismo y otros deportes. Hay que reconocer, por cierto, que todo lo que acontece con la farándula del extranjero se hace parte, también, de nuestra televisión. Especialmente, cuando las noticias se inmiscuyen en la vida sentimental de los gobernantes y su afición que varios de ellos manifiestan por las artistas jóvenes o simplemente las meretrices bien dotadas.

Las pasarelas son hoy el set dilecto del exitismo e interés colectivo. Patético resulta todos los años esa larga alfombra roja en que se deslizan los invitados a la recepción oficial del Festival de la Canción de Viña del Mar para que cantantes, ediles y opinólogos vestidos de “gala”, sin ningún sentido del ridículo y respeto por su origen, se exhiban ante el país y demuestren hasta qué grado la farándula ha adormecido la conciencia social de los chilenos. Paradojalmente la de los más pobres y discriminados que revientan la sintonía y que nunca en sus vidas tendrán acceso físico a tales eventos. Confieso que en un par de oportunidades he seguido atento la transmisión de este bochornoso evento en la esperanza de que alguien se atreva a escupir o lanzarle pintura a los fantoches y escotadas de su Día D. Tal como en los tiempos de la Dictadura me convertí un adicto de las paradas militares, en la esperanza que algún cadete le apuntara al pódium oficial... En este sentido, el escupitajo lanzado al féretro de Pinochet por un nieto del ultimado general Prats será recordado

como uno de los más excelsos momentos de dignidad y cultura cívica en toda nuestra historia.

Quienes oficiamos en el periodismo conocemos la gran cantidad de chilenos de excepción que cultivan la ciencia, las artes e incluso el deporte y otra suerte de buenos y saludables espectáculos. Jóvenes y adultos que con mucho tesón y talento hacen patria, difunden valores, promueven la justicia, velan por nuestra naturaleza y buscan el progreso espiritual del país. ¡Cómo no sorprenderse con la cantidad de bandas y cantautores (como se llaman hoy) que hacen colosales esfuerzos por darse a conocer, llegar a grabar un disco o publicar un libro! Investigadores e innovadores que emigran a las grandes universidades, empresas y otras instituciones sin que el común de los chilenos siquiera se entere de sus existencias. Personajes que, con el tiempo, muchas veces son forzados a renunciar a su propia nacionalidad a fin de obtener los recursos necesarios para su vocación y loables cometidos. Altruistas chilenos y extranjeros en nuestro territorio que no pocas veces son mirados con sospecha por la prensa, los políticos y los grandes empresarios. Tal como le ha acontecido al vilipendiado Douglas Tompkins, por su afán de salvar nuestros bosques naturales, ríos y afluentes de agua límpida de la voracidad de tantos ganaplata depredadores que se instalan hasta los lugares más recónditos y frágiles de nuestra magnífica geografía.

Toda una suerte de personajes de excepción ignorados por la prensa monocorde, en su premeditado afán de que los “chilenos no estemos ni ahí” con los temas que importan y las preocupaciones acuciantes. Una ideología oficial que aspira (sobre todo a través de la televisión) a que la población chilena se conforme con su suerte, se incorpore silenciosamente a las pasarelas del exitismo y busque alivio a sus pesares en la droga social de la farándula. En una nación de telespectadores más que

de ciudadanos y en que, por ningún motivo, la educación se proponga abrir las mentes e inconformar las conciencias. En ello se explica, como tantas veces ha ocurrido en la historia, que los rebeldes no surjan de los oprimidos, de entre los más jodidos ahora drogados por la televisión. La expresión “guachaca” es la que se usa para reflejar toda una forma de ser fundada en el hedonismo sin límites, el consumo descontrolado del alcohol, el vocabulario procaz y la preocupación extrema por lo que sucede en el mundillo de la televisión, sus estelares siempre danzantes y la morbosa curiosidad por la vida íntima de sus protagonistas. Existen festivales y cumbres *guachacas*, comida *guachaca*, reinas y reyes *guachacas*, actitudes *guachacas* completamente desafectadas de cualquier tema serio que pueda distraer a los *guachacas* de su constante jorgorio. Las publicaciones *guachacas* son muy expresivas de esta actitud de vida promovida por los medios para neutralizar el descontento social. De esta forma es que el ideario guachaca establece que sus integrantes son “humildes, cariñosos y republicanos... así como chilenos todo el año”. Cultores de la chimuchina, los guachacas dicen que “hay que vivir cada día como si fuera el primero y cada noche, como si fuera la última...”.

Muchas veces, somos reprochados por nuestra insistencia en criticar, ver el lado negro de la realidad, como por carecer de humor al momento de comentar la realidad. Por cierto que debemos asumir que a veces fustigamos en demasía y resultamos un tanto amargados para los que viven en ese “mundo de Bilz y Pap” que ofrece el consumo de las azucaradas y chispeantes gaseosas del mercado de los refrescos. Pero nuestra amargura finalmente es justificada por la enorme inequidad que existe entre los medios e intereses que aspiran al conformismo social y los que nos proponemos servir a esa misión humana de “comprender y transformar el mundo”. Órganos de prensa que reciben todo el respaldo

de los recursos del estado, de las empresas más poderosas y las agencias de publicidad interesadas en que los contenidos del periodismo abyecto se acoten a los escenarios de la farándula y la conveniencia de transitar ordenadamente de la casa al trabajo, del trabajo a la casa...

No en vano han transcurrido tantos gobiernos que se resisten a eliminar el IVA a los libros, discos y otras creaciones culturales. La literatura, la filosofía y toda creación intelectual son consideradas subversivas y riesgosas para la convivencia armónica. Solo los esquemáticos textos de estudios parecen recomendables al sistema que nos rige y modela, tanto que hasta los nuevos estudiantes de periodismo nos miran con sorpresa y desconfianza cuando los instamos a leer mucho y de todo, direccionados como están a que las escuelas les entreguen las herramientas para el buen ejercicio profesional en los medios y no para constituirse en reporteros cultos y acuciosos, en analistas lúcidos y consistentes. El Google y otros sitios son el catecismo de las nuevas generaciones de reporteros piratas e irreflexivos que no se dan cuenta de que en el ciberespacio ya están enseñoreadas las grandes agencias informativas que, entre otros objetivos, derivaron de su febril preocupación por el izquierdismo hacia el terrorismo. Sin cuestionarse un instante que las decisiones del Presidente Obama en sólo cuatro años han causado muchísimas más muertes que las de Ghadaffi; que las políticas neoliberales han provocado más víctimas que las del genocidio nazi. Como que en el mundo o en Chile quedaron ya borrados los límites entre el conservadurismo o la social democracia, lo que explica la forma en que languidecen algunas repúblicas.

Cada vez parecen más ramplonas las conversaciones entre los chilenos, cuanto envilecido su lenguaje. La baja lectura y la pobre capacidad de entendimiento tienen como consecuencia, entre otras cosas, el des-

interés por aquellos procesos políticos, sociales o culturales que se viven al otro lado de nuestras fronteras y en todo el mundo. En este sentido, acongoja y avergüenza que tantos analistas de los medios vivan tan de espaldas a importantes fenómenos regionales, como la recuperación de nuestros recursos básicos. Mientras ayudan a consolidar un Chile cada vez menos soberano, genuflexo y dependiente del capital extranjero.

Pan y circo; más circo que pan es la receta política para que los chilenos acaten sin chistar su misión terrenal de ser “mano de obra barata” en un país que se proclama “bendito” por sus recursos naturales. En un estado de postración cultural en que incluso los referentes religiosos nos instan a que nos conformemos con lo “que Dios nos ha dado”, como a esperar con mansedumbre la dicha que nos aguarda la Eternidad. Siempre que nos asumamos como corderos, esto es pusilánimes. Hoy, sólo unos pocos pastores y sacerdotes siguen apegados a la misión evangélica de “liberar a los oprimidos y derribar de su trono a los poderosos”. Mientras que esta pontificia entidad lucra con colegios y universidades para los más ricos y lanzando al mercado nuevas efigies cada vez más milagrosas. Que, al igual que las diferentes loterías y juegos de azar hasta podríamos convertirnos en millonarios de la noche a la mañana. Apelando, entre otros a San Expedito y otros nuevos íconos del Olimpo católico, como el propio Alberto Hurtado, nuestro santo principal, que tuvo el mérito de ser odiado por la oligarquía nacional y la jerarquía eclesiástica de su tiempo, pero que hoy viste los altares de los templos más *top*, recibe los tributos de El Mercurio y es convertido en un milagrero más de los que tanto le reeditúan a este poder fáctico.

EL SANTIAGOCENTRISMO

“Santiago no es Chile” se dice con frecuencia, pero la verdad es que pertenecemos a un país en que la Capital tiene una gravitación exagerada y afecta notablemente el progreso del norte y sur de nuestra larga geografía. Ya sabemos que prácticamente la mitad de nuestra población radica en la Región Metropolitana y unos dos tercios en sólo tres de nuestras 13 regiones. Los habitantes de las zonas extremas son poquísimos, así como los que viven en nuestra extendida costa o en las montañas que acompañan todo nuestro recorrido territorial. Se sabe que nuestras principales riquezas están en el subsuelo de un desierto inmenso y vacío, como en aquellos bosques, ríos y lagos australes.

Aunque los chilenos muchas veces nos identificamos por nuestro lugar de origen, lo cierto es que esta fidelidad es más ficticia que real. Es cierto que muchos porteños, chilotes y otros se enorgullecen mucho de su propios terruños, pero también es efectivo que las familias que llegaron a poblar las provincias de a poco se han ido integrando a ese tránsito intenso de quienes emigran al centro de Chile. En el exilio, muchos desarraigados han sido capaces de reivindicar sus raíces y es así como

en Estocolmo y otras ciudades del otro lado del mundo varios barrios han sido bautizados con los nombres de los cerros de Valparaíso, así como sus clubes y condominios se reconocen con figuras mitológicas de nuestro folklore. En la explotación del salitre y del cobre han sido más corrientes los campamentos temporales de trabajadores que la consolidación de poblaciones y ciudades. De ello hablan indudablemente los “pueblos fantasmas” del Desierto, o ese magnífico y desocupado Sewell en la Sexta Región que han sido convertidos en atractivos turísticos, una vez que desaparecieron de ellos sus últimos moradores.

La Capital ha tenido y sigue teniendo un influjo tal que las comunas periféricas y pobres de Santiago son mucho más populosas que las grandes ciudades de provincias. Millones, ya, de antiguos campesinos, mineros y pescadores que viven hacinados y descubren muchas veces en el microtráfico la única posibilidad de llevar una vida sin tantos contra-tiempos y miserias. La delincuencia que hoy afecta a nuestra gran urbe de siete millones de habitantes tiene ciertamente origen en esta quimera de tantos provincianos de encontrar un trabajo mejor en la Capital, cuanto en la incapacidad de nuestra política de crear polos de desarrollo en las regiones donde justamente están nuestras principales riquezas. En vez de arreglar nuestros diferendos limítrofes con Perú y Bolivia, un estúpido sentido de soberanía renuncia a establecer la paz definitiva y fructífera en la explotación y usufructo compartido de nuestras prodigiosas reservas naturales.

En las últimas décadas, caminamos en sentido contrario de aquellas naciones que -más que demarcaciones territoriales- hacen soberanía poblando de habitantes y actividades productivas aquellas zonas que podrían abrirles el apetito a otras naciones. Tal es el caso de los argenti-

nos que convierten a Rio Gallegos en una rica, poblada y próspera zona, mientras que, al lado acá de la Cordillera de los Andes, las ciudades o pueblos ayseninos y magallánicos languidecen esperando soluciones de parte nuestros gobernantes y legisladores santiagocéntricos. De ser así, en un futuro próximo lo que más tendremos cerca de nuestras fronteras serán militares y regimientos. Además de las empresas extranjeras que saquean los yacimientos y se proponen intervenir nuestros ríos para obtener la energía eléctrica que demanda el centro de país.

Hasta en los más pequeños países de Europa es posible apreciar una gran diversidad de regiones y ciudades, pero muy equivalentes en importancia. Asimismo, como en Estados Unidos y otras grandes naciones, las capitales suelen tener menos importancia que otras urbes. Se me ocurre que sólo en Chile la política, la cultura y otras tantas actividades se concentran tanto en la Capital, al grado que los que viven en provincias deben planificar viajes a Santiago para ir al cine, asistir a un concierto e, incluso, comprar un libro. A pesar de que en el último tiempo paradójicamente se aprecia una globalización nacional en cuanto a la construcción de enormes supertiendas, la circulación en todo Chile de los diarios capitalinos y el acceso común a los mismos y somníferos canales de televisión.

Lo peor es que la culpa de todo esto no la tiene sólo nuestra Capital. Con ocasión de nuestras elecciones, el sufragio popular muchas veces prefiere a los candidatos impuestos por los partidos políticos desde el centro del país que a los líderes locales. Es corriente que las regiones elijan a diputados y senadores que nunca han estado en las regiones que deben representar y que, una vez en sus cargos, sólo vuelvan a ellas para repostularse.

En materia educacional es horrible la diferencia que significa formarse en provincias o en Santiago. Salvo en tres o cuatro ciudades más, no existen a lo largo del país universidades que ofrezcan un adecuado número de carreras o post grados. Lo mismo que ocurre en materia de salud, en la evidencia de que hay enfermedades que sólo pueden tener un adecuado diagnóstico y tratamiento en la Capital.

Sólo un mínimo de chilenos es el que se propone huir de la Capital, de los desmadres del tránsito, la polución ambiental y otra serie de peligros. Claro: los más afortunados pueden “arrancarse” los fines de semana a la costa o al campo gracias a las discretas distancias que felizmente todavía existen para subir a la Cordillera y untar los pies en nuestro yerto e insurrecto Océano Pacífico. Pero sabemos que para la inmensa mayoría instalarse en Santiago es empezar a morir, quedar atrapados para siempre dentro de esa toneladas de hormigón que se ensanchan a pasos agigantados por sobre los valles más ricos arrebatados a la agricultura, al libre curso de los ríos y las faldas frescas y húmedas de nuestras montañas.

Por supuesto que la oferta santiaguina es, en muchos aspectos, muy atractiva. Como “Sanhattan” ha sido bautizada parte de la zona oriente y pudiente de la Capital, por sus pretenciosos rascacielos y otros emprendimientos arquitectónicos impresionantes, pero muy a contrapelo con nuestra condición de territorio telúrico que recomendaría mantener una urbanización a escala humana, sin avasallar nuestros logros patrimoniales y aprovechando un clima marcado todavía por las cuatro estaciones del año. Así como la luz natural, las montañas nevadas, la lluvia razonable y temperaturas nunca exasperantes. Pero Chile se haría mucho más rico y grato si nos propusiéramos

descomprimir el centro del país, llevar oportunidades de trabajo a las provincias y repartir más equitativamente los recursos que vienen fundamentalmente, de las entrañas del norte; los bosques y recursos acuíferos del sur, así como el turismo que ofrecen nuestros los parajes más bellos de la tierra.

Si las oportunidades se repartieran equitativamente, de tal manera que no tengamos a tantos chilenos exiliados en su propio país. En un eterno peregrinar hacia la capital para obtener en Santiago lo que les niegan sus ciudades y pueblos.

LA INCONSISTENCIA IDEOLÓGICA

Es propio de la condición humana, también, cambiar de posición, de militancia y abandonar todo tipo de afectos. Universalmente se reconoce que los seres humanos son, por naturaleza, rebeldes en su juventud para con el tiempo derivar en conservadores. La sicología entrega explicaciones sobre este fenómeno, pero lo cierto es que los cambios que muchos experimentan con frecuencia obedecen a conveniencias personales, procesos de corrupción o simple inconsistencia ideológica.

En Chile, le llamamos “darse vuelta la chaqueta” a quienes de la noche a la mañana o en pocos días cambian radicalmente de posición. Personalmente, fui testigo del violento cambio que experimentaron algunos militantes de izquierda que rápidamente devinieron en pinochetistas apenas se produjo el Golpe Militar de 1973. Por miedo, por supuesto, en algunos casos; pero por simple oportunismo, en otros.

Nuestra historia política es muy reveladora en tal sentido. Allí están, para muestra, la traición de González Videla que después de convocar a los comunistas a su campaña electoral y gobierno terminó por

confinarlos en campos de concentración una vez que se instaló en La Moneda. De ciertos partidos, que han variado en 180 grados sus posiciones se dice, en broma, que la única consistencia ideológica que tenían era la de acceder o mantenerse en el poder.

De esta forma es que los militares acostumbran traicionar a sus superiores jerárquicos y los caudillos populistas se hacen dictadores, como lo ilustran patéticamente los casos de Arturo Alessandri Palma y del general Ibáñez. Lo más notable de los últimos años ha sido el reciclaje de buena parte de los autodenominados revolucionarios que posteriormente han abrazado con fidelidad los lineamientos neoliberales y el discurso de la democracia protegida. Personajes que hasta fueron promotores de la lucha armada que, una vez en el poder, delataron a sus antiguos camaradas para que resultaran acribillados por las fuerzas represivas, como le ocurrió al joven combatiente Marco Ariel Antoniолletti. Execrables personajes que además variaron sus vestimentas, costumbres culinarias y amistades al momento de tener alguna cuota de poder.

El actual Congreso Nacional ofrece escandalosos grados de connivencia entre los hijos de Pinochet y los que llegaron o se reincorporaron después de 17 años de interdicción ciudadana. Varios de los cuales fueron víctimas de la tortura y el exilio, de la muerte o desaparición de sus padres y hermanos y otros padecimientos que prefieren ahora soslayar ante los derechistas más recalcitrantes que también se empeñan en ser reconocidos como republicanos. La propia ceremonia oficial en que el Dictador le lega la presidencia de la República a Patricio Aylwin es elocuente de estas vueltas de chaqueta: sólo el atronador grito de “asesino” empañó este acto, el que

por supuesto no provino de los parlamentarios que recién asumían sino del consecuente periodista Víctor Hugo de la Fuente que logró acceder a la sala, sin duda para cumplir con este propósito. Pinochet se retiraba la Banda Presidencial y la Piocha de O'Higgins para que la tomara el Presidente elegido por el pueblo después de que, en su debido momento, variara su postura de ser uno de los principales instigadores del quiebre institucional, para convertirse en una figura democrática. Para que el mismo Tirano se convirtiera en senador vitalicio, manteniendo el cargo de Comandante en Jefe del Ejército. Dando inicio a una curiosa transición bajo los preceptos de una Constitución que fue considerada ilegítima por quienes luego la sacralizaran en más de 20 años de post pinochetismo.

En el campo de la literatura son habituales también los personajes que han cambiado el color de la tinta de sus plumas, que se avergüenzan de su pasado rebelde y se precian de ser comentados ahora por El Mercurio y aparecer en los registros de su Vida Social. Ni que hablar de los colegas periodistas que desde el ultrismo pasaron a servir a la prensa uniformada y hacerse cómplices de sus horrores para, en la actualidad, adoptar aires de demócratas y moderados e, incluso, ponerle su firma a los reportajes que nos recuerdan los más luctuosos episodios de la Dictadura.

Entre las más despreciables “vueltas de chaqueta”, sin duda, la de aquellos que pidieron asilo y medraron de la solidaridad de la Unión Soviética, Cuba, Alemania del Este y otras naciones del campo socialista en sintonía, entonces, con su rebeldía juvenil y esa radicalidad que tanto afectó la estabilidad del gobierno de Allende. Como es el caso del ex Mapu y aún militante socialista que desde su cargo de Presidente del

Banco del Estado prestó dinero a un importante empresario para comprarse el Banco de Chile, poderosa entidad privada que luego lo premiara con un cargo en el Directorio. Personaje que borró con el codo su diáspora en la URSS y sus incendiarias proclamas en el programa radial Escucha Chile que por onda corta penetraba en los hogares chilenos en los tiempos más duros de la represión.

“Quien te viera y quién te ve” es una expresión popular que se le espeta a los oportunistas que pululan en todos los ambientes del país. Sujetos despreciables como aquel científico Claudio Teitelboim que hace unos años prefirió adoptar el rangoso apellido de su verdadero progenitor (aunque éste muriera sin reconocerlo como hijo) despreciando el ejemplo de su padre adoptivo quien criara con devoción a ese niño nacido de una de las más bulladas infidelidades conyugales de la sociedad chilena.

En la práctica del cambalache, no debiera extrañarnos tanto que el actual gobierno de Piñera haya manifestado mayor “sensibilidad social” que sus antecesores, a pesar de que unos y otros han terminado por mimetizarse en sus palabras, obras y omisiones. Cómo extrañarse tanto, si el propio Presidente varió de demócrata cristiano a pinochetista para votar después a favor del NO y lograr con esto ser oportunamente catapultado al republicanismo que hoy ostenta sin rubor. Después de provenir de una familia tradicional pero de solemnes privaciones, para llegar a lo que hoy es: uno de los principales multimillonarios chilenos.

Un capítulo especial merecería destacar las inconsistencias y traiciones de los líderes sociales, tan bien expresada actualmente por la podredumbre de la Central Unitaria de Trabajadores y los constantes vaivenes

de su presidente Arturo Martínez, el único personaje que completara en su cargo sindical más años que el Dictador en el gobierno del país. Compartiendo esta posición con algunos senadores y diputados que ya arrastran los pies y su conciencia en esto de continuar aferrados a las granjerías del poder legislativo. Habilísimos, todos, en el oportunismo y adictos en besarle el trasero a los poderes fácticos.

INSANAS COSTUMBRES

Una de las cosas que más sorprenden a los chilenos que viajan a Europa por primera vez es la limpieza de las ciudades y la pulcritud de sus habitantes. Uno de los comentarios más habituales es que los europeos no tiran al suelo ni siquiera los boletos de la locomoción, que salen a pasear sus mascotas premunidos de bolsas para recoger y llevarse sus excrementos, entre otras observaciones que hablan de su buena educación y respeto por los demás. Asombra, asimismo, que la gente no ande escupiendo u orinando en la vía pública y, por cierto, se destaca el cuidado que le prodigan a los jardines públicos y privados. Mucho me sorprendí al enterarme de que las municipalidades de un país nórdico llevan un registro minucioso de cada uno de los árboles de sus plazas y parques, así como de las aves y otros animales que conviven sin contratiempos con quienes circulan y disfrutan estos bellos espacios públicos. Incluidos los niños que, en relación a esto no se les ocurre hacer travesuras como las que realizan aquí donde hasta las palomas deben aguzar su instinto para salvar ilesas de la irreverencia infantil.

Con bochorno escuché una vez en Ginebra el horror que le produjo a la policía la vandálica acción de unos exiliados chilenos que se dieron a hostigar y tratar de capturar a los cisnes que viven en las fuentes de una de las ciudades más bellas y ordenadas del mundo. Así como nos sonrojamos con aquellos testimonios de compatriotas y latinoamericanos amigos de lo ajeno y que no resisten la idea de echarse al bolsillo cualquier prenda ofrecida en las tiendas comerciales, donde lo que más reina es la confianza en el cliente, así como la certeza de que sus dependientes no regatean los precios, o le cobran a uno según la apariencia. Mientras más al norte de Europa, se aprecian ciudades y pueblos prácticamente immaculados, en que los barrios de los más ricos o más pobres no ofrecen mayores diferencias en la preocupación de unos y otros porque todo luzca bien y funcione adecuadamente.

El cuidado por la ciudad tiene correlato en la preocupación por sus propias viviendas, lo que se puede apreciar oteando por las ventanas de los barrios residenciales de Holanda, Bélgica y otros países cuyos moradores no buscan esconderle a los transeúntes lo que hay al interior, seguramente porque no hay tantos ladrones acechando la posibilidad de hacerse de un botín. Una vida cordial y sin estridencias que se condice, también, con la forma de vestir de la gran mayoría de los europeos, aunque haya que reconocer que, detrás de su correcta apariencia, descubrimos a veces una terrible falta de aseo personal, puesto que respecto del uso del agua, del jabón y los desodorantes han avanzado bastante menos que en otros aspectos sustanciales de lo que se reconoce como pulcritud.

Sinceramente, llego a convencerme que un aspecto relevante de la cultura tiene que ver con nuestro comportamiento en los espacios públicos, especialmente cuando concurrimos a eventos masivos como los

del deporte y los conciertos al aire libre. Casi todo el mundo pareciera creer que el valor de la entrada a estadios incluye dejar un basural a su paso, como se puede apreciar a las horas que concluyen estos espectáculos. Caminando de mi casa a la Radio la Radio Universidad de Chile, todos los días compruebo los estragos del día y la noche anterior hasta en la exclusiva comuna de Providencia. Botellas quebradas, luminarias destrozadas y todo tipo de escombros que son retirados y repuestos por los trabajadores municipales para que, a eso de las 9 de la mañana, todo se vea de nuevo correctamente.

Esta comuna del cuestionado alcalde Labbé tiene recursos suficientes para financiar el aseo público, pero no así la inmensa mayoría de las ciudades y pueblos del país, donde la basura, con suerte, puede ser retirada una o dos veces a la semana. Por lo mismo es que la visión que ofrecen las calles y plazas de los barrios pobres puede ser espeluznante de norte a sur del país. Pero ello, a pesar de que tiene que ver con los niveles de indigencia, también se relaciona con la negligencia de los municipios para implementar algo tan simple como instalar al menos un basurero por cuadra, mientras que tolera que las mismas calles se llenen de pequeños establecimientos comerciales que ofertan toda suerte de basura para la salud humana y la sanidad ambiental.

En buenas cuentas, los niveles de escolaridad entre los chilenos no marcan necesariamente diferencias muy sustantivas en nuestro comportamiento social; como tampoco se aprecian muchos contrastes entre la actitud de ricos y pobres en México, Caracas, Buenos Aires y otras grandes capitales latinoamericanas. La mala educación, ciertamente, tiene origen en las escuelas o colegios de todos los niveles socioeconómicos de nuestros países y se traduce, más adelante, en la indolencia de las autoridades, como en su completa despreocupación por sancionar

severamente a quienes ensucian. En este sentido, a las campañas públicas para prevenir el SIDA, por ejemplo, podrían agregarse otras para concientizar al país en la necesidad de vivir en un ambiente libre de contaminación, como lo ordenan nuestras propias disposiciones legales. Es cosa de conversar con los jóvenes estudiantes para apreciar que los esfuerzos que se hacen para formados en el cuidado del medio ambiente pocas veces consideran aspectos tan primarios como no arrojar basura en cualquier parte, ya sea caminando, desde la ventanilla de los buses y autos o desde los edificios.

De la mala educación colectiva se derivan los despropósitos cometidos por muchas empresas que no trepidan en lanzar sus desechos a pocos metros de las poblaciones, como a los ríos y al mar. La fetidez a kilómetros de distancia produjo una alerta sanitaria en Freirina y Litueche debido a que una famosa procesadora de carne de cerdos se sintió con el derecho de depositar las heces de sus 800 mil animales a la intemperie. De la forma es que tantos otros “emprendimientos” afectan hasta los lugares señalados como zonas ecológicas reservadas y asumidas como referentes de nuestro rico patrimonio natural.

No desconocemos el hecho, en todo caso, que los países que más dañan el medio ambiente en el mundo son justamente los que aparecen muy pulcros en el aseo y ornato de sus ciudades y que todos los despropósitos que comete el Tercer Mundo en esto no se compadecen con las grandes agresiones medioambientales donde el capitalismo está más desarrollado.

Pero lo anterior no quita la necesidad de que progrese en tal sentido y nuestro consumismo haga esfuerzos por evitar que el plástico, las latas de bebidas y la basura ensucien nuestras playas, calles y jardines. Es, justamente, en consideración a nuestra inferioridad cultural que

Suecia se atrevió a mandarnos toneladas de desechos tóxicos industriales al Desierto de Atacama. Venenosos escombros sobre los que luego se construyó un condominio que ahora hay que demoler por los graves daños que causó tal contaminación a sus moradores. Además de hacerse cargo el Estado de los niños ya afectados por el cáncer y otros males.

Indefectiblemente, el progreso y el estándar cultural de los países se aprecian en las costumbres cotidianas de los pueblos en cuanto a su aseo, alimentación y preocupación por eliminar o reciclar la basura. En su forma de hablar, desde luego, y en la amabilidad a la hora de trasladarse de un lado a otro sin tener que estar expuestos a los bocinazos y otras agresiones del tránsito, en que especialmente los nuevos ricos se ensañan contra los peatones o los vehículos más modestos en precio o velocidad. Reiteradamente hemos escuchado eso de que somos los ingleses o los suizos de América, desatendiendo mucho que una de las características más notables de esos países es la puntualidad, práctica todavía muy poco asumida por los chilenos. Tal parece que pasarán muchos años más para que tengamos paraderos que marquen la hora exacta en que pasan los microbuses, objetivo que se cuenta entre los fracasos rotundos de nuestro Transantiago. Por alguna extraña razón, la puntualidad que se le exige a los escolares se relaja muchísimo en la universidad donde los estudiantes de periodismo, por ejemplo, les cuesta entender que no llegar a la hora a clases o a los acontecimientos puede ser más grave que la ausencia. Al respecto cómo no lamentar el uso abusivo que se le da a aquel verso popular que dice que “lo importante no es llegar primero sino saber llegar...”.

Nos ufanamos siempre de los cerros de Valparaíso sin reparar el gran basural de sus calles, en la enorme cantidad de animales abandonados y el progresivo deterioro de sus construcciones que hablan de un

pasado mucho más insigne. De la misma forma, en que apreciamos, incluso, aquellos exclusivos y presumidos balnearios para la “gente linda” pero cochina en sus costumbres, que todavía no entiende que ser limpio consiste, sobre todo, en no andar ensuciando. Más que en pagar para que le retiren toda la basura que quieran tirar. En desprenderse civilizadamente de los desechos sin “ocultarlos debajo de las alfombras”, como lo indica una máxima nacional que se aplica a otros pecados de nuestra precaria cultura.

Ciertamente no se trata de imitar a los europeos en su sobriedad muchas veces tan extrema como que los transeúntes no se animan a cruzar la calle mientras la luz verde no se los indique, aunque sea en un día domingo de invierno a las 3 de la tarde en que tantas veces no se avizora vehículo alguno. Me extrañaría mucho que nos convirtiéramos en un país sin sopaipillas y churros en la vía pública y se prohibiera todo ese comercio ambulante que, además de nuestra precariedad económica, manifiesta el ingenio y el tesón de artesanos, artistas populares y desocupados crónicos. En este sentido, cómo no lamentar la desaparición paulatina de los organilleros y esos charlatanes tan propios de nuestro paisaje urbano e idiosincrasia. Pero ello puede ser perfectamente compatible con los buenos modales y la urbanidad que nos falta.

LA HISTÓRICA IMPUNIDAD

De todas las enfermedades que padecemos, sorprende la forma en que hemos perdido la capacidad de asombro. Entre terremotos, maremotos, erupciones volcánicas y otras tragedias, da la impresión de que somos un pueblo ya acostumbrado a soportarlas cíclicamente y que estamos siempre a la espera de nuevas desgracias. Pero si la naturaleza nos ha acostumbrado a los cataclismos, la verdad es que nuestra convivencia social se ha visto verdaderamente perturbada por las guerras civiles, los magnicidios y la represión brutal contra las demandas de la población. En este sentido, las denominadas matanzas o masacres se cuentan entre los principales hitos de una historia, además de aquellas dos guerras fratricidas con Perú y Bolivia en que la pólvora y la “chupilca del diablo” que bebían nuestras tropas las hizo llegar hasta Lima salpicando sangre, robando y cometiendo abusos extremos contra la población civil.

Efectivamente se trata de una verdadera carnicería lo sucedido en Santa María de Iquique, Ranquil, en las dependencias del Seguro Obrero, o en Pampa Irigoín, la población San Gregorio y los distintos cam-

pos de concentración organizados por los cuartelazos y golpes de autoritarismo de nuestros gobernantes. A veces tan brutales y extendidas en su crueldad, que necesitan muchos años y cronistas para determinar su real alcance. Recién ahora hay datos más fidedignos del número de caídos en la revueltas obreras del tiempo del salitre, y seguramente pasarán muchos años más para que se sepa de forma efectiva cuantos fueron los muertos y desaparecidos de la dictadura de Pinochet. En la certeza, acuérdesse usted, de que las cifras oficiales que por ahora se asumen se quedarán cortas mañana con los testimonios que todavía se reciben de lo que fue la represión en la zonas rurales, en la Araucanía y las zonas más recónditas de nuestra geografía.

Si nos comparamos con América Latina, debemos ser de los países que más víctimas pueden contarse en la población civil de manos de nuestros propios militares. Desde luego, el trágico balance de nuestras conflagraciones en cuanto a muertos y desaparecidos es muy inferior a las masacres internas ejecutadas, por supuesto, por el Ejército y Carabineros. A ello se suma, la espeluznante forma de eliminar a tantos opositores inermes y cuyos registros más brutales, entre tantos otros, están constituidos por el triple degollamiento a tres profesores comunistas, el acribillamiento a grupo de combatientes rodriguistas que dormía en el día de Corpus Christi, y la forma en que los militares quemaron vivos y abandonaron en la calle a dos estudiantes que protestaban contra la Dictadura Militar.

Nuestras más bellas islas del norte y del sur, así como muchos campos deportivos, han servido de centros de confinamiento, ya sea para aislar y torturar a los opositores como para matar de inanición a homosexuales y otros seres indeseables para las autoridades de turno. En toda una trayectoria luctuosa que hace poco tuvo de escenario una

cárcel de Santiago en que algunos gendarmes dejaron morir quemados a 80 reclusos.

Pero tan increíble como estas tragedias es la impunidad total o parcial que las sigue y, por supuesto, las vuelve a reproducir. Desde el homicidio político de nuestro héroe Manuel Rodríguez, hasta la ridícula sentencia que se le aplicó a un policía que en una protesta pacífica desenfundó su arma y le descargó un balazo en la cabeza a la estudiante María Paz Santibáñez, la que milagrosamente vivió, pese a que ha tenido que enfrentar las secuelas del impacto y que tanto retrasaron su brillante carrera de pianista.

Si en el mundo de los pobres los tribunales de justicia están entre las instituciones más desprestigiadas se debe a la forma en que los jueces soslayan los delitos cometidos contra los más humildes, como los abusos sexuales. Especialmente cuando éstos son cometidos por malhechores de los sectores más pudientes y bien asistidos por influyentes abogados. Los casos abundan en tal sentido, así como los sobreseimientos que siempre terminan favoreciendo a los delincuentes de cuello y corbata. Bulladas estafas y asaltos masivos a los consumidores cometidos por las farmacias, las grandes tiendas y las instituciones de crédito que no contemplan penas de cárcel y terminan en multas que resultan ridículas respecto de los fondos recaudados por estos ilícitos.

Los extranjeros que nos visitan quedan estupefactos, por los crímenes y barbaries difundidos por los canales de televisión, pero lo que más los sorprende es como los chilenos permanecemos impertérritos ante estos hechos y abrigamos la falsa idea de que Chile es la “copia feliz del Edén”, en relación a lo que se cree ocurre en otros países donde los niveles de tristeza y desesperanza están ciertamente por debajo de los nuestros.

La impunidad en que murió Pinochet, gracias a que fue rescatado de la justicia europea por los políticos que le siguieron, explica que después de todo lo sucedido se organicen homenajes a su memoria y haya parlamentarios y columnistas que siguen negando o justificando sus violaciones a los Derechos Humanos. Pero, porqué podría ser de otra manera cuando de su cargo de dictador paso a la Transición convertido en Comandante en Jefe del Ejército y en senador vitalicio. Si sólo fue el descubrimiento de su ilegítima fortuna lo que convenció a algunos de la necesidad de que el Estado prescindiera de sus servicios. Cómo podría ser distinto, si el propio Presidente Aylwin que recibió de él la banda presidencial acaba de referirse al Tirano con afecto y simpatía, al tiempo de advertirnos que “nunca fue un obstáculo” para la Transición y el desarrollo democrático del país... Olvidando Aylwin, en su senectud, en que al menos en dos oportunidades amenazó la institucionalidad vigente con “ejercicios de enlace”, un típico eufemismo con que se reconocen en Chile las intenciones de alzamiento militar. En episodios, por supuesto, que también duermen en la impunidad.

Hay que reconocer, también, que la impunidad siempre ha sido favorecida por aquellas interpelaciones que nos llaman a la reconciliación después de estos episodios. De esta forma es que la Comisión organizada por el propio gobierno de Aylwin para esclarecer lo sucedido durante la Dictadura fuera denominada de “Verdad y Reconciliación” omitiendo expresamente la palabra “justicia”. En el mejor reconocimiento a la impunidad que siempre ha acompañado nuestro devenir histórico y que nos hace tropezar constantemente con las mismas piedras.

LA PERSISTENTE TACAÑERÍA

En comparación con otras naciones lo cierto es que los chilenos debemos estar entre los pueblos más cicateros del mundo. A la hora de pagar las cuentas, efectivamente acostumbramos a ser cumplidores y puntuales, especialmente los más pobres, según lo reconocen los propios bancos. Pero en el gasto personal, como en la fijación del presupuesto anual de la Nación, el ahorro parece ser un afán desmedido. Aunque hay quienes se jactan de ser emprendedores, su intrepidez la mayoría de las veces tiene respaldo sólo en la capacidad de regatear el salario de sus trabajadores, la posibilidad de “bicicletear” el pago de créditos o confiar en eso que ya hemos hablado: la escasa posibilidad de que los tribunales condenen a los inescrupulosos de “cuello y corbata”.

Cuando viví en México tuve que afrontar muchos bochornos en este sentido. Se sabe que en las exposiciones y ferias que ofrecen los productos del mundo, la mayoría de los países encara las oportunidades de negocios prodigándose en degustaciones, regalos y atenciones para los miles de visitantes. Sin embargo, los expositores

chilenos asisten a estos encuentros prácticamente con las manos vacías. Recuerdo que una vez en Guadalajara, nuestros productores de salmón y vinos buscaron seducir a sus potenciales clientes con afiches regiamente bien impresos y abundantes fotografías de sus bodegas centenarias o “emergentes” en Chile. En el stand de nuestro país, la verdad es que cientos de personas se agolpaban con la esperanza de probar una copita de nuestros caldos o algún bocadito elaborado con el príncipe de nuestros mares y que nos ha convertido en uno de los dos o tres mayores productores mundiales. Pero nada: sólo carteles y folletería, al grado que nuestro Embajador (bastante cicatero, por lo demás) se vio obligado a comprar unas botellas en un supermercado para ofrecer un brindis a las principales autoridades del país que intempestivamente anunciaron su visita. Dos o tres botellitas, “de la marca que fuera”, sirvieron para llenar unas veinte copas que, para desgracia de todos, se escurrieron estrepitosamente al suelo por un codazo fatal al mozo que las ofrecía. ¿Resultado? Hasta allí llegó el brindis... ya no hubo tiempo de reponer las botellas que, por suerte, eran comercializadas por un gran supermercado a unas dos o tres cuabras de distancia.

En otra oportunidad, me tocó ser parte de la comitiva de avanzada de nuestro Presidente de la República que en unos días más realizaría una visita de estado al D.F y a la ciudad de Monterrey. Como se acostumbra en estos preparativos, los miembros de la cancillería mexicana nos llevaron a los distintos lugares contemplados para la visita de nuestro Jefe de Estado, haciéndonos degustar exactamente los mismos manjares que se le ofrecería después a nuestro gobernante. Pero la vergüenza sería mayúscula cuando al final de esta previa nuestro Jefe de Protocolo les advirtiera a las autoridades mexicanas que debían hacer más discreto

el menú propuesto. Esto es, que por ningún motivo la comida contemplara tres platos, más el postre y los bajativos dispuestos.

-¿Es que el Presidente Frei tiene problemas con la comida?, le preguntaron.

-¡No! -contestó nuestro diplomático-. Lo que pasa es que Chile no estaría en condiciones de retribuir a una invitación como ésta, cuando le corresponda al presidente Zedillo visitarnos en Santiago... Nosotros somos un país que no se dispendia en este tipo de cosas. En una sentencia grosera y nada de diplomática que verdaderamente nos volvió sonrojar.

Y en efecto, cuando a los meses siguientes le correspondió el turno a mandatario mexicano, todos los menús preparados para agasajarlo en Santiago y Valparaíso contemplaron el salmón como entrada o plato de fondo. Y de nuevo pasamos mucha vergüenza cuando un diplomático de la delegación visitante nos enrostró amablemente una situación que lo tenía particularmente molesto puesto a que era alérgico a ciertos productos del mar. Pero lo peor vendría, al término de la Cena de Estado, con la negativa rotunda de La Moneda a permitir que los entusiastas mexicanos trataran de abrir algunas botellas de un excelente tequila que quisieron ofrendar a todos los comensales para celebrar un nuevo y trascendental hito en la amistad chileno mexicana: el Tratado de Libre Comercio. En la certeza, seguramente, de que los bajativos chilenos serían tan sobrios o cicateros como todas las recepciones que recibieron en Chile.

Este pecado capital chileno se expresa a la hora de construir edificios, planificar avenidas y plazas, como concebir grandes obras urbanas. Tanto es así que cuando se construyó el Estadio Nacional fueron muchos los que opinaron que este recinto estaba sobredimensionado, es

decir que se había constituido en un verdadero derroche. De esta forma es que nuestras ciudades carecen hasta hoy de grandes recintos para realizar la actividad deportiva y cultural, en contraste con las monumentales obras del propio México y otros países del mundo; más pobres que el nuestro en muchos casos. Incluso la remodelación que ahora se dispuso de este Estadio, rebajó su capacidad de 65 mil a 45 mil espectadores, lo que por supuesto deja afuera a muchos hinchas de los superclásicos y otros espectáculos. Los asientos se hicieron más cómodos, pero en ningún caso se ampliaron correspondientemente las galerías. Lo que habría sido un atentado a nuestra condición de ser.

En los últimos años, se sabe que el buen precio del cobre nos ha permitido pagar todas nuestras deudas internacionales y ahorrar en el extranjero sumas de dinero nunca acumuladas en nuestra historia. “Se trata de reservas -dicen nuestros ministros de Estado-, que le permitirán al país solventar gastos en los momentos de crisis cuando nos sorprendan esos cataclismos tan propios de nuestro territorio”. Lo curioso, sin embargo, es que vino el terremoto del 2010 y la posterior crisis mundial y ni un céntimo de estos depósitos se ha tocado para reconstruir nuestras ciudades y pueblos, resolver el drama de los que perdieron sus casas, empleos y enseres familiares. Tampoco nuestro Estado avaro ha querido dedicar recursos para la inversión y empleo. Menos, todavía, para invertir en educación, atender la multitudinaria demanda de los jóvenes y los padres y apoderados tan duramente endeudados por los aranceles universitarios abusivos, los créditos bancarios y sus usureros intereses. Caudales públicos, sin duda, dispuestos en bóvedas foráneas para hacer frente a los años “de vacas flacas” que, por cierto presumimos tendrían que ser todavía más trágicos que los que han seguido al terremoto más destructivo de nuestra historia. Comparable, quizás, a la telúrica crisis

de nuestro sistema educacional y uno de las peores momentos de la economía mundial. El *estado Mac Pato* frente a las cada vez más explosivas demandas de nuestra población.

Como los defectos suelen pronunciarse con el correr de los años, esta tacañería se manifiesta peor ahora que tenemos un PIB varias veces multiplicado, así como una seguidilla de superávits anuales en nuestra balanza comercial. La excepciones que confirman la regla son las descomunales edificaciones de *malls* e hipertiendas que, incluso, vienen a atentar gravemente contra la circulación vial y literalmente se levantan al lado o encima de construcciones de valor patrimonial. Se entrega como excusa que son sólo los “nuevos ricos”, generalmente los emigrantes, los que, suelen escandalizar con viviendas que se escapan de nuestra idiosincrasia, a nuestra ponderada forma de ser... en un país que solía ocultar la riqueza y hasta los millonarios preferían guardar su dinero debajo del colchón antes que gastarlo o invertirlo, por ejemplo, en obras de arte, libros y construcciones de valor estético, además de funcional.

Tema habitual de conversación resulta referirse a aquellos tiempos en que las cuentas de restorán eran férreamente disputadas por los comensales que se resistían a compartir los “daños y perjuicios”, como se dice. Lo más habitual ahora es que al momento de pagar no falten los que súbitamente sienten ganas de ir al baño o tienen que salir apurados a la oficina o a la casa en la promesa de pagar su correspondiente parte al otro día; es decir nunca. Los rangosos que quedan, generalmente, se guardan la boleta para después imputarla como gasto a sus empresas, en el doble negocio de no afectar el bolsillo propio y rebajar las utilidades y tributos de sus giros comerciales.

Las luchas que han logrado tantos avances en la igualdad de género y reconocimiento masculino y también femenino a la dignidad de la

mujer, pocas veces nos ofrendan féminas dispuestas a pagar las cuentas de restorán. En este sentido, ellas prefieren que algunos rasgos del machismo sigan manifestándose, aunque muchas veces su billetera y ahorros son mucho más abultados que los nuestros. En conversaciones de hombres, solemos reírnos de los que nos sucede habitualmente al saludarnos con amigas o conocidas en la calle al momento que se despiden de nosotros:

-Oye, ¡pucha!, veámonos... Almorcemos un día... Llámame.

Lo que casi siempre significa: llámame, invítame y, por supuesto, paga la cuenta.

EPÍLOGO: EL MITO DE CONDORITO

Es tarea siempre ingrata en el periodismo libre tener que fustigar, desnudar nuestra realidad y decir las cosas por su nombre. En la conversación y los libros encontramos habituales las referencias al ingenio del pueblo o a la autucia del “roto chileno”. Es decir, de este personaje que nos damos maña por identificar con la personalidad nacional, pero con el cual nadie o muy pocos aceptan identificarse personalmente. Nadie pudo ser más exitoso que el dibujante y caricaturista Pepo al crear a un personaje mítico y arquetípico como Condorito, cuyas historietas se han popularizado en toda América Latina al grado que en otros países ya no se considera que su creador es un chileno que se inspiró en el ave nacional que forma parte de nuestro escudo patrio. Un solemne guardián de las alturas, como el cóndor, que en su altivez, dignidad y espíritu indomable, por cierto, no reconoce fronteras ni cartas de nacionalidad.

Sin duda, Condorito es un personaje aguzado, con gran sentido del humor y amigo de sus amigos. Sin embargo, es también un sujeto con pocos escrúpulos, que le saca la vuelta al trabajo, proclive a beber en exceso y, a no dudarlo, oportunista y de muy veleidosos compromisos. Un ser discriminado por los ricos y los soberbios, pero que carece de conciencia social

y más bien se conforma con la precariedad de su existencia. Sin duda, considerado un ejemplo por aquellos que quieren que los pobres se conformen con su situación y acepten la necesidad de que hayan gobernantes y gobernados. Ricos y pobres. Explotadores y abusados.

Afin de divertirnos y efectivamente reconocernos en muchas situaciones, confieso que desde niño soy un ávido seguidor y hasta he llegado a coleccionar la revista Condorito. Años atrás tuve la suerte, incluso, de conocer a Pepo y conversar con él en algunas oportunidades, descubriéndole siempre una personalidad retraída, rigurosa, tímida y más bien opaca que en nada se asemejaba con la vivaz forma de ser de su personaje.

Pero por más que lo sigo, Condorito cada vez se me hace un personaje de pura ficción y que en nada se aviene con las miserias y grandezas de los seres comunes y corrientes de la vida real. Me reafirmo en esto al observar la realidad cotidiana del país, cuando miro la existencia de los chilenos más afligidos que ya no tienen más que discurrir en su rutinaria vida de trabajar todo lo que se pueda para obtener un salario mínimo, retener su empleo y privarse de tanto para darle sustento a su grupo familiar. Chilenos de caminar triste, palabra terca y ojos agobiados que a diario se agolpan en los paraderos del Transantiago, son estrujados en los carros del Metro, tanto como asaltados una y otra vez por los más despreciables delincuentes. Es decir, por aquellos que acostumbran cogotear a los pobres, a sus propios vecinos, a los niños indefensos o a los mismos choferes que le prestan el abnegado servicio de llevarlos al alba de la casa al trabajo, para retornarlos muy de noche a sus hogares.

En una encuesta sobre las condiciones de vida en las poblaciones más pobres de la Capital se constata que la gente está en el constante temor de ser vulnerada en la calle y en sus propias casas. Ello explicaría que hasta las viviendas más modestas vayan parapetándose detrás de las rejas y cierres

que los aislan del barrio y de las balaceras entre de microtraficantes. Asimismo, el sondeo comprueba que las relaciones vecinales están llegando al mínimo, debido a que se teme más a los que viven al lado o en la misma cuadra. Tanto así que las mujeres reconocen que encuentran una valiosa oportunidad de conversar e intercambiar experiencias en la espera de los consultorios médicos y otras reparticiones públicas más distantes de sus casas, es decir con quienes concurren allí desde distintas poblaciones y barrios y que, probablemente, nunca se enteren de donde viven unos y otros. Si en el pasado, la vida de los pobres se volcaba a la calle, a las plazas o esquinas, en la actualidad podemos comprobar que éstas han sido tomadas por las pandillas y los drogadictos. Y que la mayoría no tiene más opción que permanecer puertas adentro.

Al miedo, estos pobladores suman el acoso constante de las deudas, tanto así que en el quintil más pobre de nuestra población el 77 por ciento tiene algún tipo de deuda ya sea con las casas comerciales y los parientes. Y he aquí donde podemos descubrir que es en estos ambientes donde los comerciantes, los bancos y otros descubren a los chilenos mejor pagadores, con más disposición a cancelar sus deudas pese a los enormes intereses que se les aplican las instituciones prestamistas. Según el último estudio del estatal Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS), los más pobres cumplen en un 80 por ciento con sus compromisos, superando mucho este porcentaje cuando se trata de las deudas con el almacén del barrio, los familiares y amigos. Una suerte de honorabilidad que, ciertamente, no es tan corriente en los sectores medios y altos, donde los que incumplen, estafan y se hacen ricos de la noche a la mañana son hasta bien considerados socialmente por su astucia o capacidad para encantar a los más cándidos o ingenuos.

En el mundo rural es donde todavía podemos descubrir rasgos de grandeza que ciertamente se expresaban en el pasado y que hoy, al menos en las

ciudades, es tan difícil de descubrir. En nuestras zonas rurales es donde encontramos que la gente todavía ríe y se toma con más calma hasta los peores infortunios, como los de nuestra telúrica naturaleza. Donde la solidaridad y la confianza entre unos y otros son más expresivas y se identifican, de cierta manera, con Condorito, sus amigos y circunstancias. En ese lúcido intento de Pepo se hacernos creer que somos de una manera, cuando en realidad siempre hemos sido de otra, más aún ahora que nos estamos desbaratando en las lacras actuales de la miseria y, sobre todo, de nuestras enormes desigualdades. Y donde la gran mayoría va poniéndose tan gris y arisca como nuestros más duros días de invierno.

Títulos Publicados

Bajo el agua

Juan Pablo Cárdenas S.

Luz, cámara, transición.

El rollo del cine chileno de 1993 a 2003

Antonella Estévez B.

Relatos y crónicas para no olvidar

Roberto Hernández P.

Chile de baquelita.

Cuando el éxito le ganó a la felicidad

Wilson Tapia V.

En torno a las artes

Margarita Schultz

Buscando el bello sino

Sergio Jara D. (Argos Jeria)

El periodismo comprometido

Juan Pablo Cárdenas S.

Su primer desnudo

José Rodríguez E.

Crónicas para los días de lluvia

Mario Valdovinos

Violeta Parra: la vida intranquila

Fernando Sáez

Con los ojos en los 60

Sergio Jara D. (Argos Jeria)

Modelos imaginarios

Acerca de la enunciación artística

Margarita Schultz

Crónicas para incomodar

Juan Pablo Cárdenas S.

El mayo de los pingüinos

Andrea Domedel y Macarena Peña y Lillo

Medio ambiente, empresa y globalización

Luis Eduardo Thayer M.

José Carrasco. Asesinato de un periodista

Patricia Collyer y María José Luque

Espera larga. crónicas de un actor

Nissim Sharim

Vuelan las plumas.

**Conversaciones con escritores y artistas
en el Metro de Santiago**

Vivian Lavín A.

Chile me quita el sueño

Alex Acosta M.

Lenguaje y poder en la sociedad del conocimiento.

El paradigma del caleidoscopio

Roberto Meza A.

Habla Ávila. Manifestaciones en tribunas

Nelson Ávila

Lo esencial en el periodismo.

Ayer, hoy y mañana.

Juan Pablo Cárdenas S.

Desde la cárcel

Jorge Lavandero I.

Multitiendas en Chile: El negocio del siglo XXI

Andrea Ortega y Loreto Soto

Amarrados

Juan Ignacio Pomés

Conversando con el presidente Lincoln

Iván A. Muñoz Riveros

Diccionario científico

Sergio Prenafeta J.

Chile, entre terremotos y tsunami

Wilson Tapia V.

Los pasos del elefante: El imperio de *Herr* Paulmann

Paulina Andrades y Marcelo Cerda

Rompiendo el cerco

Mónica Iglesias V.

**Testimonios y fantasías. Improvisaciones
en mi computador**

Juan Orrego-Salas

